
TIEMPO DE MEMORIA

Javier Padilla

A FINALES DE ENERO

La historia de amor más trágica de la Transición

XXXI PREMIO COMILLAS



TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2019

© Javier Padilla Moreno-Torres, 2019

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

**FONDO ANTONIO
LÓPEZ LAMADRID**
DE APOYO A LA CREACIÓN LITERARIA

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de los derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-657-9
Depósito legal: B.3.628-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo	17
1. Chicos bien del franquismo	27
2. La vida empieza en la universidad	41
3. El marxismo eran cantautores, cine de aventuras y poesía romántica	71
4. El FLP y el revolucionario profesional	91
5. Enamorarse en Mayo del 68	117
6. La caza del obrero y la depresión	141
7. A finales de enero (I)	165
8. Primera resurrección y matrimonio	219
9. Crítica comunista y precursora del movimiento vecinal . .	241
10. A finales de enero (II)	269
11. La gran decepción	291
12. A finales de enero (III)	311
Epílogo. Historias cruzadas de la Transición	321
Coda. ¿Cómo recuerdas la transición?	327
Apéndices	
Notas	333
Bibliografía	381
Índice onomástico	391
<i>[Fotografías].</i>	<i>[320-321]</i>

Chicos bien del franquismo

¿Dónde estarán ahora aquellas muchachitas con sus vestidos de flores del domingo, sus melenas, cogidas del brazo en grupitos de risas?

José Luis González Vallvé

Nuestra principal protagonista, Dolores González Ruiz, Lola, nació en León el 19 de octubre de 1946. Tuvo dos hermanos, Alberto y Miguel Ángel, conocido como el Chato. Sus abuelos paternos eran de Zamora y su familia materna tenía origen santanderino, por lo que iban a menudo a los dos lugares en las vacaciones de verano y Semana Santa. La familia tenía un negocio textil exitoso, presente en varias ciudades como Madrid, Zamora y León. El abuelo paterno de Lola, Dídimo González, había fundado el comercio La Perla, que tenía su principal establecimiento en León. El padre de Lola, Alberto González Castellano, había sido alférez en la Guerra Civil, y regentaba en Madrid las Sederías González. Era una persona atractiva y un mujeriego que, según el testimonio de Carmen García Mayo, engañaba a su mujer con las muchachas que trabajaban en su tienda.¹ Por su parte, la madre de Lola era una mujer discreta y encantadora que disfrutaba enormemente con las visitas y con las partidas de cartas con sus amigas. La familia tenía una ideología política prototípica de su buena condición social: conservadores e indiferentes a los vaivenes políticos cotidianos. Por parte de padre, Lola tenía familia en Zamora, Santander y en un pequeño pueblo del noroeste de Italia, Pinerolo.²

La educación de Lola fue la típica de las niñas burguesas de la época: muy marcada por la religión, un espíritu no igualitario entre hombres y mujeres y los valores nacionalistas españoles. Para una chica de su clase social, la enseñanza privada y religiosa era la única opción contemplada por la mayoría de las familias.³ Los colegios religiosos eran marcadamente clasistas, y solían admitir a un pequeño número de estudiantes sin recursos de manera gratuita como muestra de caridad cristiana. A los «gratuitos» se les dispensaba un trato diferente y discriminatorio. Por ejemplo, la hija del portero del edificio de Javier Sauquillo iba al mismo colegio que Paquita, hermana mayor de éste.

Aunque salían juntas de su domicilio, una vez en el colegio se separaban: los horarios de recreo y atenciones recibidas eran diferentes para las «gratuitas» y el resto.⁴ Según recuerda Paquita, la caridad cristiana se realizaba en general de manera que quedase clara la inferior condición social de los que recibían ayuda. La enseñanza mostraba un enorme tradicionalismo.⁵ Por ejemplo, en el colegio de Paquita Sauquillo, las alumnas tenían que saludar a la madre superiora haciendo seis genuflexiones.⁶ La asignatura de Formación del Espíritu Nacional aseguraba, junto a unos profesores mayoritariamente favorables al régimen nacional-católico, una educación doctrinaria en los valores del Movimiento Nacional.

El franquismo había depurado a la mayoría de los profesores que apoyaron a los republicanos, desde los universitarios a los de primaria. Al comienzo del régimen, la enseñanza estaba embebida de espíritu falangista, que impregnó la educación nacional-católica que recibió Lola de niña. La Ley de Enseñanza Primaria del franquismo, implantada en 1945, hacía hincapié en el aspecto religioso, nacional y físico de la educación, amén de la consabida separación de sexos. El catolicismo se vinculaba fuertemente con el concepto de nación española, noción que estaría unida a la idea del Imperio español, conciliando los conceptos de nacional-catolicismo y militarismo fascista.⁷ Como reza el himno falangista *Montañas nevadas*, «Voy por rutas imperiales / Caminando hacia Dios». En las monedas acuñadas en la época, se podía leer la referencia a Franco como el «Caudillo de España por la gracia de Dios».

Lola fue de niña una devota religiosa que asistía siempre a misa, aunque en la adolescencia comenzó a distanciarse del catolicismo. La Iglesia se había alineado con la España franquista, convirtiéndose en uno de los más importantes valedores internacionales del régimen. El Concordato con la Santa Sede firmado en 1953 oficializó la relación de estrecha cercanía entre el régimen y el Vaticano. Sin embargo, tras la muerte en 1958 de Pío XII, ocupó el papado Angelo Roncalli, Juan XXIII. Sus encíclicas, de 1961 y 1963 respectivamente, *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris* supusieron un cambio doctrinal, con un llamamiento a la acción social. El paso más decisivo fue la convocatoria del Concilio Vaticano II, que influyó en organizaciones universitarias apostólicas progresistas.⁸ Estas reformas acometidas por Juan XXIII coincidieron con un cambio en la actitud de los sacerdotes españoles hacia el movimiento obrero, al que numerosos sacerdotes

se acercaron debido al éxito de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC). Para Franco, la actividad de la Juventud Obrera Católica (JOC) y la HOAC era política y no apostólica, y creía que la pretensión de atraer a los obreros con unas proclamas que calificaba de demagógicas era favorecer al socialismo y a derivas comunistas.⁹ En todo caso, la Iglesia que conoció Lola de niña era mucho más conservadora que la que luego se integraría en parte de los movimientos antifranquistas.

Su padre, Alberto González, fue seguramente el que decidió que la familia se trasladara a Madrid cuando Lola tenía unos once años.¹⁰ Se instalaron en un edificio de la calle Arapiles, en un piso acorde a su condición social. En este sentido, sus amigos de provincias, de visita o estudios en Madrid, en ocasiones se sorprendían del refinamiento de la casa madrileña de Lola. En concreto, algún amigo de Zamora pasó apuros para pelar la fruta con cuchillo y tenedor, una circunstancia impensable en su entorno.¹¹ Aunque Alberto González era hasta cierto punto serio y distante con algunas de las visitas, la madre de Lola era muy abierta y cariñosa, y solía invitar a los amigos de ésta a comer.¹² La infancia de Lola transcurrió principalmente en las tres ciudades del negocio familiar, y los veranos de la adolescencia en Santander. Era una niña que destacaba por una timidez que fue perdiendo poco a poco y una religiosidad apasionada de la que también se iría distanciando.

Lola era especialmente guapa. Desde niña, llamaba la atención a todos los compañeros de juego tanto en sus veraneos en Zamora como en Santander.¹³ Como muestra, la llegada de Lola a la provinciana Zamora suponía todo un acontecimiento para el grupo de amigos de José Luis González Vallvé, debido a su belleza y a su fina manera de hablar madrileña. Sus amigos zamoranos la llamaban Mariló o Loli, como preferiría hasta años más tarde. En esa época entabló relación en Zamora con un grupo de amigos bastante diverso, que seguirían caminos y trayectorias divergentes y reflejarían el arco ideológico de la España de la Transición. Era un grupo extraño ya que se juntaban personas de las dos instituciones, bien diferenciadas, en las que se podía estudiar en Zamora: el colegio público Claudio de Moyano y el privado Corazón de María. La pandilla contaba con gente tan variopinta como Francisco Molina y Ramiro Muñoz Haedo, que acabarían vinculados a Izquierda Unida y al Partido Comunista de España; Miguel Ángel Pertejo y José María Francia, afines al Partido Popular y al Partido Socialista Obrero Español, y José Luis González Vallvé, que trabajaría en la Comisión Europea durante muchos años.

En Zamora, y también con mucha relación con esa pandilla, estaban las primas paternas de Lola: María Eva y Loli. Lola y sus primas participaban con devoción en las procesiones de Semana Santa, y los chicos de la pandilla las seguían para poder verlas pasar una y otra vez.¹⁴ Como escribió algo literariamente la periodista Marisol López en el diario *La Opinión de Zamora*:

Loli representaba en aquella sociedad pacata la modernidad, el vértigo de la gran ciudad, un destino aún inalcanzable en aquel mundo, cuya asfixia percibían de forma inconsciente entre los escasos horizontes que ofrecían los baños en el río y los paseos por la avenida. A decir de sus antiguos amigos, ya por entonces, muy al principio de los años sesenta, cuando contaban quince o dieciséis años, poseía una personalidad muy definida, una presencia que cautivaba a aquellos adolescentes que admiraban su atractivo físico, su porte, su manera de vestir y hasta aquellos mocasines antecesores de los náuticos que nunca antes se habían visto por aquellos lares.¹⁵

En Santander Lola se encontraba con una pandilla de juegos distinta, y en un entorno diferente que tuvo enorme influencia en su vida: el mar. La familia comenzó a veranear en Santander cuando Lola tenía unos diez años. Desde comienzos de julio hasta finales de septiembre, pasó gran parte de sus veranos en esa ciudad. En Santander tenía unos primos carnales de la misma edad, Luis y María Teresa Pascual. Vivían en la calle Castelar, una de las principales del barrio Puertochico. El padre iba y venía de Madrid para trabajar en la tienda que tenía en la calle Quevedo. Un grupo de unos veinte chicos de la burguesía acomodada se hicieron al poco tiempo amigos de Lola y su hermano Miguel. Todos eran hijos de familias que se conocían entre sí, y formaban un círculo algo endogámico y cerrado. Aunque todos provenían de la misma clase social y eran muy parecidos, había algunas diferencias entre la madrileña y más fina Lola y sus amigos santanderinos, sobre todo en la forma de vestir y hablar. Durante toda su adolescencia Lola llevó el pelo corto en un estilo que se denominaba entonces a lo *garçon*. Poco a poco, iría dejándose el pelo más largo, y en la universidad llevaría una larga melena rubia.¹⁶ También sorprendía bastante a sus amigos que, con catorce o quince años, fuera a la playa con un libro a leer, mientras los demás únicamente jugaban a las palas o tomaban el sol.

Nadie del grupo destacó más adelante por su implicación política, y más bien se produjo entre ellos un distanciamiento en cuanto la Lola universitaria empezó a mantener unas ideas tan alejadas a las de este ambiente. En esos veranos, solo escuchaban música en el tocadiscos, iban al dique, se bañaban en la playa, jugaban y patinaban. Aunque todo el grupo de amigos era religioso, casi ninguno acudía a misa a diario. Sin embargo, Lola sí acudía todos los días a la iglesia de los Capuchinos.¹⁷ Se hizo muy amiga de Pancho Mora, convertido con catorce o quince años en una especie de novio informal veraniego. Pancho jugaba muy bien al fútbol, y fue fichado por el Betis en 1963, de manera que realizó el Preuniversitario en Sevilla mientras Lola lo hacía en Madrid. Aunque nunca perdió el vínculo con la ciudad, poco a poco Lola fue dejando de ir tan asiduamente a Santander.¹⁸

Lola tuvo en general una buena relación con sus padres. En palabras de nuestra protagonista, ellos «eran unas personas muy sensatas, que nos inculcaban especialmente el sentido de la responsabilidad».¹⁹ En cambio, la relación con sus hermanos, especialmente con Miguel, con el que nunca congenió, fue más complicada. Además de su familia, una persona que tuvo una gran influencia fue Sagrario, una mujer que ayudaba en las tareas domésticas y muchas veces se ocupaba de los hijos del matrimonio.²⁰ Sagrario ayudaba a Lola con algunas de las tareas del colegio que no quería hacer, especialmente actividades relacionadas con la costura u otras tareas domésticas por las que no tenía predilección.

A su llegada a Madrid, Lola estudió en el colegio de la Institución Teresiana. Desde muy pronto hizo amistad con Carmen García Mayo, que más adelante se convirtió en una conocida psicoanalista.²¹ Las profesoras de ese colegio eran monjas que seguían las doctrinas del padre Poveda, asesinado en la Guerra Civil, pero no eran demasiado conservadoras. La mayoría de las monjas tenían carreras universitarias, y hacían posible que en el colegio hubiera un ambiente dinámico en el que las chicas podían tener más libertades que en la mayoría de las instituciones de la época. Según recuerda Carmen García Mayo, varias alumnas procedían de familias ilustres, como las nietas de Franco y la hija de Ruiz-Giménez, y en general existía una gran mezcla ideológica en el colegio. Durante su etapa escolar, especialmente cuando preparaba el curso preuniversitario, Lola hizo algunas amigas que luego la acompañarían en sus inicios universitarios.²² Cultivó su

afición por la lectura, la música y el cine, que la acompañarían toda su vida, y además tuvo sus primeros conatos de rebeldía y de compromiso político. Como muchas otras personas de su generación, su primera concienciación social vino de la mano de un cura obrero que llevaba a un grupo de gente de su colegio a ayudar a personas en situación desfavorecida.²³

Aunque Lola no sacó demasiadas buenas notas en la universidad, en el colegio fue una de las mejores alumnas.²⁴ Estudiaba mucho, era disciplinada y era capaz de manejar gran cantidad de datos e información, pero tenía cierta dispersión y no solía memorizar las cosas, lo que le impediría sacar grandes notas en algunos exámenes puramente memorísticos de la época.²⁵ Superó exitosamente el Examen de Grado Superior realizado en 1962 y terminó el Curso Preuniversitario en junio de 1963. Lo habitual para una chica de clase acomodada y procedente de un colegio de monjas, como ella, era comprometerse formalmente con un novio y no seguir una formación universitaria. Aunque ya en la década de los sesenta comenzaba a ser normal que algunas mujeres estudiaran, permitir que Lola fuera a la universidad mostraba que su entorno familiar era más abierto.²⁶ Del grupo de amigas de Lola del colegio, muchas de ellas fueron a la universidad, así que es probable que ella lo viera con cierta naturalidad. Es difícil saber exactamente por qué decidió estudiar Derecho. Tenía predilección por el latín, el griego y las humanidades, pero no sabemos por qué se inclinó por Derecho y no por Filosofía.²⁷ Algunas de sus amigas del colegio o del preuniversitario decidieron seguir la misma carrera, así que es probable que hubiera algún tipo de motivación grupal.

En el caso de Manuela Carmena, Cristina Almeida o Paquita Sauquillo, que estudiaron Derecho justo antes que lo hiciera Lola, la motivación para estudiar esta carrera fue variopinta. La hermana de Javier estuvo a punto de no poder seguir estudiando tras repetir un curso en el colegio, y su madre tuvo que convencer a su padre, entonces moribundo, que no tenía particular interés en que sus hijas estudiaran, para que continuara un año más. Finalmente, tras obtener buenas notas en los cursos de acceso a la universidad, decidió estudiar Derecho para «enfrentar y afrontar las injusticias sociales».²⁸ Paquita traspasó estas inquietudes a su hermano Javier, que llegó bastante más politizado, y a la izquierda, que sus mejores amigos a la universidad. Cristina Almeida también decidió estudiar Derecho por su incipiente

preocupación social, que pensó que podría compaginar bien con la carrera.²⁹ Para Manuela Carmena la elección fue mucho más sencilla, pues sus padres eran relativamente liberales, pero vio cómo varias de sus compañeras de colegio renunciaban a la universidad con el objetivo de encontrar un buen matrimonio.³⁰

Desde pequeña, Lola había cultivado cierta afición por la música, y tenía una buena colección de discos. Era una lectora apasionada de novelas, y en muchas ocasiones iba con un libro bajo el brazo a lugares como la playa o el parque.³¹ Entre las lecturas de las niñas de la época, eran habituales los cuentos de Elena Fortún protagonizados por Celia, una niña preguntona y algo rebelde que influyó en una jovencísima Manuela Carmena.³² Otra protagonista de las historias que leían era Antoñita la Fantástica, el personaje creado por Borita Casas que se convertirá en una referencia para muchos de nuestros protagonistas. Por su parte, la exitosa película de exaltación religiosa *Marcelino, pan y vino* causó fuerte impresión entre los hermanos Sauquillo.³³ En todo caso, nada en la infancia de ninguno de nuestros protagonistas permitía presagiar sus futuras actitudes políticas. Respecto a Lola, si acaso podría remarcarse el ya mencionado catolicismo, más bien superficial, típico de la infancia y primera adolescencia en la España de los cincuenta, que la llevaba a tener constantes expresiones de solidaridad con otras personas.³⁴ La falta de interés por la política es reseñable en los padres de Lola, que nunca apreciaron el compromiso de su hija cuando entró en la universidad, y que ignoraron o pretendieron ignorar la afiliación política de Lola hasta que ya era demasiado evidente. Sin embargo, en las tragedias que persiguieron a Lola, sus padres siempre estuvieron a su lado.³⁵

En el ambiente de absoluto aislamiento, pobreza endémica y censura de mediados de los cuarenta, las posibilidades eran pocas incluso para las familias más acomodadas. Aunque a la familia Sauquillo nunca le faltaría nada para comer, el ambiente en la casa era de austeridad. Típicamente, en las familias de esta clase social los hijos pasaban la mayor parte del tiempo en el colegio y con las cuidadoras. La educación de los hijos se delegaba mayoritariamente en las madres, y los padres pasaban menos tiempo con sus hijos debido al trabajo.³⁶ Francisco Javier Sauquillo Pérez del Arco nació en Ceuta el 3 de diciembre 1947. Fue el menor de tres hermanos, habiéndole precedido Paca

y José Luis. Ceuta pertenecía entonces a la provincia de Cádiz y tenía una población de 60.000 habitantes, entre las que se contaban numerosos militares. Era una ciudad multicultural, en la que además de comunidades bastante segregadas de cristianos y musulmanes había pequeñas comunidades judías e hindúes. La pobreza era inmensa, y a la hora de comer era habitual que algunas personas acudieran a pedir ayuda a casa de los Sauquillo. En la primera infancia de Javier, algunos misioneros cruzaban el estrecho de Gibraltar con el objetivo de evangelizar a la población. Cuando los misioneros llegaban, a los hermanos les daba la impresión de que la vida se paralizaba, las plazas se convertían en iglesias provisionales y se realizaban todo tipo de actos y procesiones. En 1952, la familia abandonó Ceuta y se mudó a Madrid.

Los padres de Javier eran Deseada Pérez del Arco y José Luis Sauquillo. La familia tenía una gran posición económica y social, y los dos abuelos de Javier habían formado parte de las elites de la generación anterior. Su abuelo paterno, Luis Sauquillo, había sido gobernador civil de Cuenca y Orense, además de diputado por Madrid. A Paquita Sauquillo, hermana de Javier, le impresionaba de niña la foto de su abuelo con Alfonso XIII justo antes de que abandonara España. Por parte materna, el abuelo de Javier fue pionero en el negocio de los automóviles en España, y vendía coches de la marca Hisparco.

José Luis Sauquillo era teniente coronel de Intervención Militar, además de ingeniero industrial y abogado; murió cuando Javier tenía nueve años. Poco antes, había llevado a la familia a visitar el casi terminado Valle de los Caídos, que les fue mostrado por, en sus propias palabras, «un rojo que ahora estaba regenerándose». En la Guerra Civil, José Luis Sauquillo se había refugiado en la embajada de Chile, de manera que no tuvo participación en ningún combate. Era un hombre culto, conservador y relativamente tolerante, que se hubiera adscrito a la oposición monárquica de haber vivido más años, según la opinión de su hija Paquita. Su entierro fue presidido por el general de Intervención Militar, y en la sepultura esperaban las plañideras: unas mujeres desconocidas para la familia que se encargaban de llorar desconsoladamente a los difuntos por una cantidad de dinero. Su muerte provocó un largo luto en la familia, y Paquita pasó toda su adolescencia vestida de negro. Javier pagaría sus estudios con el dinero de una beca del Ejército, la pensión de viudedad de su madre y

los excedentes producidos en las propiedades rústicas que tenía la familia en Fuenlabrada.

La madre de Javier, Deseada Pérez del Arco, había tenido una sólida formación musical, aunque abandonó su vocación por la ópera para obtener el certificado de buena conducta necesario para la licencia matrimonial. Javier estudió muy aplicadamente en el colegio Calasancio de Madrid, caracterizándose desde pequeño por su seriedad, cabezonería y aplicación. Por este motivo, le dieron de niño el premio del colegio al mejor estudiante, que entonces se denominaba El Príncipe. Seguramente a causa del impacto por la muerte de su padre, Javier asumió desde pequeño una actitud muy preocupada y servicial con el resto de su familia. En su familia la política era un tema que no se tocaba. Sin embargo, la entrada de su hermana mayor Paquita y de su hermano José Luis en el ambiente antifranquista universitario permitió a Javier tener desde los quince años un contacto primerizo con determinados libros y realidades. Lo cierto es que Javier destacó desde su entrada en la universidad como uno de los estudiantes más leídos, pedantes y sobresalientes que ingresaron en los grupos de oposición.³⁷

Por su parte, Enrique Ruano estudió en el madrileño Colegio de Nuestra Señora del Pilar. Situado en el adinerado barrio de Salamanca, había sido fundado por la Sociedad de María (Marianistas) en 1907, y ya se había convertido en uno de los grandes colegios madrileños cuando Enrique comenzó allí su andadura. En su entrada destacaba la frase del Evangelio de San Juan: «la verdad os hará libres». Por la enorme cantidad de futuros cuadros dirigentes que estudiaron en el Pilar, como Javier Solana, Alfredo Pérez-Rubalcaba, Torcuato Luca de Tena y Luis María Ansón, se le ha llegado a llamar quizás exageradamente el «Harvard español». Se caracterizaba por dar una formación con toques de algún modo liberales y por crear cierto sentimiento de comunidad entre los estudiantes. Se ha escrito en numerosas ocasiones sobre el carácter elitista del colegio, lo que explicaría la cantidad de estudiantes del Pilar que alcanzaron posteriormente las más altas posiciones en diversos ámbitos.³⁸

El Pilar era un colegio hasta cierto punto masificado, con cinco secciones por curso de entre 35 y 40 alumnos. Era también relativamente progresista, y la simbología franquista no inundaba el ambien-

te escolar. En el colegio, la llegada de Fidel Castro al poder ilusionó a algunos de sus alumnos. Un jovencísimo Juan Luis Cebrián, director entonces de la revista del centro *Soy Pilarista*, escribió un editorial en ella criticando el puñetazo de Fidel Castro al embajador español en Cuba Juan Pablo Lojendio.³⁹ Enrique no participó activamente en la revista, a pesar de que la llegó a dirigir su buen amigo y compañero de clase Fernando Savater. Pese a ser más liberal que otros colegios religiosos, el Pilar controlaba estrictamente el comportamiento de los alumnos, siguiendo el imperante código moral franquista. Al jovencísimo Antonio Gallifa, que acabó haciendo amistad con Lola en el PCE muchos años después, lo expulsaron en el último año por tener relaciones con una corista.⁴⁰ En la biblioteca del Pilar, un libro titulado *¿Es pecado bailar?* explicaba que, salvo la jota y algunas otras danzas regionales, bailar era un grave pecado.⁴¹

Además del domingo, los alumnos estaban obligados a ir a misa otro día adicional. Aunque era en teoría una actividad voluntaria, también tenían que ir un día a la semana a confesarse.⁴² En el Pilar hubo varios casos de personas que pensaron en la posibilidad de ordenarse sacerdotes, entre otros, el propio Enrique antes de entrar en la universidad. Como demostró tanto en su decisión de entrar y salir del seminario marianista y en múltiples ocasiones posteriores, Enrique mantenía enormes dudas internas respecto a la religión, y reflexionaba mucho antes de tomar decisiones. Aunque en ocasiones podía dar la apariencia de ser una persona segura de sí misma, debatía intensamente consigo mismo todo tipo de cuestiones políticas, morales, psicológicas y amorosas.⁴³ En todo caso, sus dudas religiosas eran prototípicas de una generación y de un enfrentamiento radical con una realidad muy distinta a la de los libros que empezaban a leer. De manera parecida a la niña Lola, Enrique era fervientemente religioso. En los ejercicios espirituales que se realizaban en el colegio, Enrique era muy activo.⁴⁴ En los días anteriores a Semana Santa, era habitual que se fuera junto con otros compañeros a realizar los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, una serie de meditaciones, ejercicios mentales y oraciones escritas con la intención de mejorar la experiencia personal de la fe católica. Los ejercicios comenzaban siempre con la pregunta: «para qué he venido yo a este mundo».⁴⁵

Por otra parte, parece ser que hubo casos de pederastia mientras Enrique era alumno del colegio. Posteriores dirigentes destacados de Unión de Centro Democrático y periodistas como Juan Luis Cebrián

parecen haber sido víctimas de abusos sexuales en el Colegio del Pilar.⁴⁶ De manera exagerada, este último ha estimado que prácticamente la mitad de los alumnos de aquel centro sufrió algún tipo de abuso sexual.⁴⁷ No obstante, ningún indicio permite sospechar que Enrique hubiera sufrido algún episodio de este tipo.⁴⁸

Enrique destacó en el Pilar como uno de sus mejores alumnos. En esa época, las notas eran semanales, y Enrique acumulaba la nada habitual nota semanal de sobresaliente con algunos esporádicos notables. Aunque posteriormente determinados sectores del régimen trataron de emitir una imagen negativa de Enrique, proyectándolo como un chico deprimido y con tendencia al suicidio, lo cierto es que los datos de que disponemos de su infancia dibujan una imagen muy distinta. En los informes que escribían los curas sobre los alumnos, solía destacarse la capacidad y el buen comportamiento de Enrique. Sus compañeros de clase lo recuerdan como una persona muy deportista que, además, destacaba por las notas y por ser muy guapo. Era muy querido y las personas que lo conocieron lo señalan ya entonces como alguien muy activo y con un gran atractivo desde que superó la adolescencia. Era el prototipo de chico perfecto en las familias conservadoras: deportista, religioso y buen estudiante. Fernando Savater ha descrito al Enrique de esos años como un chico «despierto, tocado por la gracia, ingenuo y valeroso».⁴⁹ Aunque dotado de una sensibilidad especial y un aire de cierta nostalgia, tuvo una infancia y adolescencia felices.⁵⁰

En la promoción de Enrique, había muchos estudiantes de origen vasco. Entre ellos, el preadolescente recién llegado a Madrid Fernando Savater destacaba en el colegio por su fuerte acento vasco. Savater sufrió durante sus primeros años un matizado «acoso escolar», debido a que «hacía gestos extraños con la cabeza, bizqueaba y no me gustaba el fútbol ni ningún otro deporte de los que se jugaban en el solar que hacía de campo de recreo».⁵¹ Enrique era compañero de curso del futuro filósofo, así como del catedrático de Psicología Evolutiva Álvaro Marchesi y del arquitecto gaditano Julio Malo de Molina. Muchos de los alumnos más destacados de El Pilar estudiaron posteriormente Derecho. En un país con tanta presencia de profesiones jurídicas como España, Derecho era la carrera elegida por aquellos que querían ser funcionarios o aspiraban a tener una carrera política, y era una licenciatura extraordinariamente popular en la época.⁵² De las promociones anteriores a la de Enrique, y vinculados con la opo-

sición antifranquista y con *Cuadernos para el Diálogo*, comenzaron Derecho Javier Elorza, Javier y Nacho Rupérez, Ignacio Camuñas o Julio Rodríguez Aramberri, entre muchos otros.⁵³

La familia de Enrique veraneaba habitualmente en Zarautz, donde Enrique hizo numerosos amigos vascos. Enrique tenía pasión por el deporte, la lectura y el cine. En verano jugaba muchas horas al tenis hasta la caída del sol. Según ha escrito su hermana Margot, ganó varios torneos vascos y navarros *amateurs* de tenis. También leía mucho, y desde la adolescencia pasaba largas tardes encerrado en su cuarto con los libros. Dotado de una sensibilidad especial para la poesía, es posible que ya entonces escribiera algunos poemas, quizá de temática religiosa. Por supuesto, aún no había comenzado las lecturas que caracterizarían a la generación de estudiantes antifranquistas de los sesenta, pero faltaba poco para ello.⁵⁴

Por su parte, con una muy buena posición económica y social, la familia de Javier veraneaba mayoritariamente también en el País Vasco, en San Sebastián. Acudían también a numerosos pueblos cercanos de Madrid para visitar a familiares, como Leganés, Pinto, Parla o Villaviciosa de Odón, y a la sierra a esquiar. Asimismo, como gran parte de la burguesía madrileña, paseaban por la calle Serrano (conocida ya entonces como el «tontódromo») e iban a los conciertos matinales del Teatro Circo Price, que tuvieron gran éxito entre la juventud acomodada madrileña.⁵⁵ Los días de fiesta, muy habitualmente tras asistir a la misa, grupos separados de chicos y chicas acudían con sus mejores ropas, peinados, colonias y perfumes para verse fugazmente con los otros grupos. Los «niños de Serrano» llenaban las terrazas de Roma, El Águila o la cafetería Iowa, y es muy probable que nuestros protagonistas estuvieran entre ellos.

Carmen García Mayo recuerda varios guateques que organizaron ella y Lola en sus casas, cómo iban llevando el tocadiscos a los pisos y las broncas que les echaban por las fiestas.⁵⁶ Además de pasear y salir, nuestros protagonistas iban mucho al cine, que se iría convirtiendo en su gran pasión. Paquita Sauquillo no se cansaba de ver las películas de Gregory Peck y Gary Cooper. Su película favorita era *El hidalgo de los mares*, que llegó a ver al menos cinco veces. Además, en la época era muy típico escuchar radionovelas como los relatos del Lejano Oeste de *El Coyote* o *Dos hombres buenos* o las aventuras de *Diego Valor*.⁵⁷ La autora más leída de la época era la popularísima escritora de novela rosa Corín Tellado,⁵⁸ a la que el escritor Cabrera

Infante describía como «la inocente pornógrafa» por cómo describía la pasión sin recurrir a escenas explícitas de sexo.⁵⁹

En esos años Lola, Enrique y Javier tomaron algunas decisiones de trascendencia para su vida. Enrique estuvo muy cerca de seguir una vida completamente diferente, y de no asistir a la Universidad. Ante las dudas religiosas comunes en muchos miembros de su generación, decidió ingresar en el seminario marianista de La Parra, en Gredos.⁶⁰ En las actividades de temática religiosa, Enrique coincidió en el seminario con el futuro escritor y biólogo Francisco García Marquina.⁶¹ Permaneció en aquel seminario unos cuantos meses, pero no se adaptó en la orden marianista. Ya dotado de algún tipo de componente ideológico, parece ser que intentó dar cursillos que tenían alguna influencia «marxista» a otros compañeros de seminario, para asombro de los Padres Marianistas.⁶² En todo caso, al cabo de unos meses decidió abandonar su vocación de servicio religioso, y regresar a Madrid a estudiar Derecho. Aunque es posible que ya hubiera comenzado alguna lectura de contenido marxista, es altamente improbable que con diecisiete años Enrique tuviera claros los conceptos a los que dedicaría sus años universitarios.

Javier destacó desde niño como un lector voraz y de gran madurez. Cuando llegó a la universidad, con apenas diecisiete años, impresionó a varios de sus compañeros antifranquistas por haber leído libros que ellos ni siquiera conocían de oídas. Ya entonces se situaba a la izquierda de la mayoría de sus compañeros, y nunca se sintió cercano a la democracia cristiana.⁶³ Al fin y al cabo, desde muy pronto había tenido noticias de lo que ocurría en la universidad por sus activos hermanos mayores. Su hermana participaba en numerosos movimientos cristianos de base y el comprometido José Luis, tras ser elegido delegado de curso, sería expedientado y tuvo que acabar la carrera en Bilbao.⁶⁴ Seguramente por la temprana muerte de su padre y la notable influencia de sus hermanos, destacó desde pronto como alguien que era capaz de asumir responsabilidades y de dedicarse al trabajo teórico. Extraordinariamente metódico, serio, trabajador, cabezota, y pedante, era una de las mejores cabezas de los jóvenes que entraron a la universidad en 1964. No era deportista ni especialmente atractivo físicamente como Enrique, pero destacaba por unas habilidades intelectuales que no tardó en demostrar. Además, a diferencia de Lola y sobre todo de Enrique, no fue tan religioso en su adolescencia ni a la entrada en la universidad. Este hecho colocaba a Javier en una

situación mucho más ventajosa a la hora de afrontar las profundas contradicciones espirituales a las que se enfrentarían sus amigos.⁶⁵

A diferencia de Javier, Lola nunca trataba de destacar intelectualmente delante de sus compañeros. En general, tenía ciertas dudas sobre su capacidad para el trabajo intelectual. Con casi toda seguridad estas autocríticas eran injustas consigo misma, y mostraban más una tendencia a la autoconmiseración y una brutal autoexigencia que una fundada duda real sobre sus capacidades. Quizá Lola podría haber lucido más de haber querido tener un protagonismo individual del que siempre rehuyó, y que la hacía más propensa a participar en actividades intelectuales colectivas que en acciones individuales. La curiosidad intelectual de Lola era, en cualquier caso, insaciable, y fue una gran lectora de todo tipo de géneros literarios y ensayísticos. Era bastante buena en latín y griego, y posteriormente ayudaría a la hermana pequeña de Enrique, Margot, a superar esas asignaturas. De su grupo de amigas, era la que mejor se manejaba en francés.⁶⁶

Como hemos visto, nuestros protagonistas tuvieron infancias arquetípicas en las familias acomodadas del Madrid de los cincuenta. Durante su adolescencia nada hacía presagiar que se iban a convertir en líderes estudiantiles en guerra abierta contra el franquismo y el capitalismo al poco tiempo de comenzar la universidad. Como tantos otros opositores al franquismo, las vidas políticas de Lola, Enrique y Javier empezaron en la universidad, el lugar donde las personas inquietas podían encontrar asideros en el páramo de la dictadura.